

ESTA fotografía se publica principalmente, aparte del motivo regocijante con que está hecha un día de Pascua, en recuerdo de Leoncio el de Alfredo, el del centro de los que están de pie, porque Leoncio Sáiz Paniagua, hijo de Alfredo y nieto del tío Laureano, heredó de estos muchas cualidades meritorias que tuvieron su significado en la vida alcazareña; una de ellas, la habilidad manual, que poseía en grado superlativo y lo hizo un tornero maravilloso, cosa que casi nadie sabe, según creo; otra, la iniciativa y espíritu de empresa, no solo para continuar sin decaimiento las que le dejaron sus antecesores, sino para iniciar otras, algunas muy atrevidas, como la de la piscina, que consiguió consolidar, cosa que solo pueden valorar los que hayan iniciado algo que suponga cambio de costumbres y de usos establecidos y arraigados. Siempre habrá de recordarse esa obra de Leoncio, cuando se trate de aquilatar méritos y sacrificios de los alcazareños en favor de su pueblo. Es probable que su temprana muerte nos haya privado de obras de mayor importancia, como hay que lamentar la mucho más precoz del hijo del Catre—Félix García—el primero de la izquierda de la fotografía que, aun muriendo apenas casado, ya había elevado considerablemente el negocio de su padre, o por mejor decir, de su madre, la Morena, cuyas cualidades sobresalían en él sin que se le apreciara nada del carácter arisco y agresivo de Domingo, salvo la laboriosidad que aquel tuvo en alto grado, también.

El otro que está de pie es uno de Quero y el que está sentado ¿Hace falta decir quién es el que está sentado? ¿Quién no conoce a Pesetilla—Venancio Muñoz—aunque ahí aparezca con bigote y fosca pelambre?



Los Migones

ERA una cosa que se tenía y cuya expresión y concepto han cambiado bastante, aunque la causa y el efecto se sigan observando.

Se usaban los panes de tres libras y bien metidos en harina, altos, de los que salían picatostes del tamaño de las suelas de las alpargatas. La gente los consideraba **panes de alma** y este concepto lo expresaba en aumentativo llamando **migón** a la parte interna y menos cocida del pan.

No solamente era el pan la base de la alimentación, sino el alimento exclusivo en muchos casos, incluso seco o con algo para engañarlo: una raspa de pescado, una cebolla o una guindilla.

Nuestros pardillos, en su observación elemental, le atribuían efectos obstructivos, como si lodara los sentidos quitándoles las luces y cuando hablaban de los que se iban a estudios, atribuían el poco resultado a los muchos migones. Los migones resumían y concretaban para ellos la sobra de elementos y de comodidad que paralizaba la acción de los estudiantes aquellos, inclinándolos a la holganza y a la diversión y cuando a la postre se veía el fracaso, la frase lapidaria era siempre la misma, los muchos migones, y la conclusión idéntica: que para espabilarse e hincar había que sentir la necesidad, porque el hambre estudia, dicen, más que cien abogados.